

Emir entre nosotros

Enrique Krauze

Pocas literaturas estuvieron tan presentes en las revistas *Plural* y *Vuelta* como la uruguaya. País pequeño, sí, pero de envidiable tradición democrática, en el cual pareciera, además, que todos los autores, ya sean poetas, novelistas o ensayistas, están destinados a ser grandes escritores. Colaboraron con nosotros, en ambas revistas o en una de ellas, Ida Vitale (quien a sus 99 años lo sigue haciendo en Letras libres, nuestra nueva casa desde 1999), Enrique Fierro, Juan Carlos Onetti, Ulalume González de León, Danubio Torres Fierro y Eduardo Milán, estos últimos tres de manera destacada, entre otros. Pero acaso la presencia crítica más significativa, por su estatura como biógrafo y exégeta de Borges, así como por su decisiva influencia como “el crítico” del *Boom*, haya sido la de Emir Rodríguez Monegal, cuyo centenario de nacimiento se cumplió el año pasado y quien muriese relativamente joven, en 1985.

A su pertinencia y elegancia como ensayista, lector asiduo lo mismo de Andrés Bello y Horacio Quiroga que de Pablo Neruda y Onetti, Emir practicó, usando una expresión de su amigo Octavio Paz, “la higiene moral”. Cuando dimitió como director de la revista *Mundo Nuevo* (1966-1971), que desde París incomodó por negarse a excluir del nuevo canon de la literatura latinoamericana a disidentes del castrismo como Severo Sarduy y Guillermo Cabrera Infante, Emir fue acusado de haber financiado aquella revista con dinero de la CIA.

En efecto, en aquellos tiempos de la Guerra Fría, el Congreso por la Libertad de la Cultura fue la respuesta del gobierno de Estados Unidos a la propaganda “pacifista” de los soviéticos y sus aliados cubanos, y algunos de esos fondos, a través de la Fundación Rockefeller, fueron a dar a una revista literaria como *Mundo nuevo*, cuya nómina de colaboradores estaba en la izquierda heterodoxa y el liberalismo, desde Sartre y Kolakowski hasta Oscar Lewis y Raymond Aron, pasando por Max Aub y José Donoso.

Quien relea *Mundo nuevo* encontrará en ella, expresándose abiertamente, a los entusiastas de la Revolución cubana junto a un repertorio crítico cuya



calidad y pluralidad fue, también, como en el caso de *Sur*, un acicate para las revistas que hicimos con Paz.

Y cuando dieron comienzo los golpes militares en América Latina, Rodríguez Monegal, él mismo perseguido por los militares uruguayos quienes lo acusaron, con toda falsedad, de financiar a los tupamaros, se mantuvo en el centro liberal, procurando la equidistancia entre el régimen de Castro y las dictaduras sudamericanas.

Estos empeños explican su presencia esencial en *Plural* y *Vuelta* como uno de nuestros críticos literarios imprescindibles. Desde *La nueva generación argentina y sus maestros* (1956) hasta *Las formas de la memoria* (1989), que Paz le publicará póstumamente en las ediciones de *Vuelta*, Emir fue uno de los nuestros, en la tradición cosmopolita de Bello, Victoria Ocampo, José Bianco, Mario Vargas Llosa y el propio Paz.

Meses antes de morir el 14 de noviembre de 1985, en el Hospital de Yale en New Haven, le escribió a Paz: “Sé que te has interesado por mi salud. Te lo agradezco muchísimo. Me he recuperado milagrosamente de una operación difícil y ahora me estoy preparando como un atleta para la próxima. Estoy lleno de alegría y con la ferocidad tranquila de los legendarios gauchos. Por correo te mandé para *Vuelta* una fantasía sobre Pessoa/Borges, que te debe gustar mucho”.

Calidad intelectual, coherencia moral, valentía política, rigor literario, pasión crítica, temple liberal. Sin duda, Emir Rodríguez Monegal fue uno de nuestros legendarios gauchos. Y aún cabalga.

